

Erika Waters

El río tiene dientes

dNX

© 2021, Erica Waters.

© 2021, HarperTeen (Harper Collins)

© 2021, Editorial del Nuevo Extremo S.L.

Rosellón, 186, 5º- 4ª, 08008-Barcelona, España

Tel (34) 930 000 865

e-mail: info@dnxlibros.com

www.dnxlibros.es

Título original: *The river has teeth*

Traducción: Sara Mendoza

Corrección: Andrea Buil

Diseño de cubierta: Jenna Stempel-Lobell

Primera edición: Febrero del 2022

ISBN: 978-84-18354-75-5

Depósito legal: B 19920-2021

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Impreso en España - *Printed in Spain*

1 Della

La prisión siempre parece tranquila, pero nunca lo está. Las paredes de cemento tiemblan con el ruido sordo del cercano paso del tren, que sacude el polvo con suspiros fantasmales. Hay goteras. Los ratones corretean entre las ruinas. Los estorninos revolotean sobre las vigas con su áspero piar. El viento gime a través de las ventanas, estrechas y rotas.

En el pueblo, todos piensan que la antigua prisión está maldita.

Y no saben cuánta razón tienen.



—Estoy aquí —digo.

El eco de mi voz resuena en la penumbra, acallando a los pájaros. Apunto con mi linterna hacia el sendero. Voy con cuidado de no tropezar con los escombros porque, si tropiezo, *ella* podría pensar que soy una buena presa. Si tropiezo...

—¿Estás despierta? —pregunto, intentando apartar el miedo de mi cabeza antes de que eche raíces en mi interior.

Me quedo quieta, atenta al menor movimiento, a una simple respiración. Nada.

De pronto, los cabellos cortos y finos de mi nuca se erizan. Me giro, preparada para protegerme de un golpe, de un empujón, de un mordisco. Pero su silueta permanece quieta en la oscuridad. Ha recuperado su forma humana, ahora solo es una mujer pálida y delgada, de cabello largo y oscuro, que huele como el río en temporada de lluvias. Espero a que se mueva, espero a saber cuál es su estado de ánimo. ¿Se mostrará callada y furtiva, o violenta y furiosa?

Da un paso hacia el débil haz de luz de mi linterna. Su pelo está enmarañado, cubierto de tierra y de algo oscuro y húmedo, y sus ojos, tan ensombrecidos como los olvidados rincones de esta prisión abandonada. Un rastro de sangre seca convierte sus finos labios en la sonrisa torcida y siniestra de un payaso macabro. Se acerca más y extiende una mano huesuda hacia mí.

Todos los músculos de mi cuerpo se preparan para saltar, para retroceder, para escapar de aquí. Pero no puedo mostrar ni un ápice de debilidad, así que me preparo para el contacto. Su mano está fría y húmeda, huele a tierra. Mientras me acaricia la mejilla, su mirada casi parece dulce y el anhelo de algo hace tiempo olvidado surge dentro de mí, el recuerdo de algo familiar.

—Mamá —le digo dejándome llevar, mientras me inclino hacia delante.

Ella sonrío con cariño.

Y entonces su mano me tira con fuerza del pelo y me lanza volando a través de la habitación. Recupero el equilibrio justo a tiempo de esquivar la pared de ladrillo. Mis dedos arañan la pintura blanca y desconchada, que cae al

suelo en pedazos, al intentar ponerme de pie. Consigo darme la vuelta y, por muy poco, evito que me estalle un ladrillo en la cara.

Mamá se ríe.

—¿Ya has terminado? —le pregunto después de recuperar el aliento, con la voz firme y casi con indiferencia.

Así es cómo hay que tratar a mi madre cuando está de mal humor. Ahora es humana, aunque solo un poco. Sé que a medio día se parecerá más a su antiguo yo, pero para entonces yo estaré reponiendo estanterías en la tienda de ultramarinos del pueblo.

Mamá se encoje de hombros, ya ha perdido el interés por mí. Deambula por la sala y se detiene justo debajo de los nidos de estorninos, que vuelven a graznar. Imagino que de ahí viene la sangre: de algún pájaro que ha cazado esta noche. *Espero que haya sido un pájaro...* Aunque supongo que también podría haber sido una rata o una zarigüeya.

—Te he traído algo de desayuno —le digo mientras cruzo la habitación con mi mochila al hombro.

Mamá se acomoda en el suelo, en un lugar despejado, y me siento frente a ella. Saco un termo de café descafeinado y un sándwich de queso y huevo, que mi madre observa con profundo escepticismo.

Vuelve a dirigir la mirada hacia los estorninos y empieza a tararear. Su voz, incluso así, es preciosa. Especialmente aquí, resonando en la quietud de la prisión. Los estorninos interrumpen su cháchara para escucharla. Seguramente es así como los caza.

—¿Qué es eso que cantas? —le pregunto, con la esperanza de conseguir que vuelva a tener pensamientos humanos.

Me mira y sonrío, pero la sangre de sus labios convierte su expresión en algo escalofriante. Empieza a cantar, retomando la canción por donde la había dejado.

*From ear to ear I slit her mouth,
And stabbed her in the head,
Till she poor soul did breathless lie,
Before her butcher bled.*

Me quedo tan quieta como los pájaros sobre nuestras cabezas, con los ojos fijos en ella. Su expresión se nubla mientras canta la siguiente estrofa, pero su voz acaricia con cuidado las palabras.

*And then I took her by the hair,
To cover the foul sin
And dragged her to the river side,
And threw her body in.¹*

—Ya es suficiente, mamá —digo—. Para.

Me sacudo, como si el movimiento pudiera liberarme de la canción y de los recuerdos que me trae a la mente: la piel gris, los dientes afilados y la cortina de pelo que parecía hecha de algas. Y la locura en sus ojos mientras tiraba el cuerpo en el río...

Debería haber sabido que es mejor no alentar a mamá para que hable. Solía gustarme tanto escucharla cantar viejas baladas, canciones traídas hasta el profundo Tennessee

1. De oreja a oreja, le corté la sonrisa
Y la apuñalé en la cabeza,
Hasta que su pobre alma yació sin vida,
Antes de que el carnicero sangrara.

Luego la agarré del cabello,
Para esconder mi atroz pecado,
Y la arrastré a la orilla del río,
Donde arrojé su cadáver.

por nuestros antepasados. A veces cantaba para atraer la magia, otras solo porque le gustaba. Pero ahora su hermosa voz no es más que otra herramienta del monstruo.

Deja de hablar, agarra el sándwich del suelo y se lo lleva a la boca. Aprieto los dientes mientras la bilis me sube por la garganta al pensar en la última comida que ha pasado por esos labios.

Cuando termina el último bocado del sándwich sus ojos parecen más claros, menos hambrientos.

—¿Quieres venir a casa conmigo, hoy? —se lo pregunto por costumbre más que por convicción, aunque, por alguna razón, también añado—: Estoy segura de que a papá le gustaría verte.

Le da un sorbo al café con cautela y esboza una media sonrisa, como diciendo «*Si tantas ganas tiene de verme, ¿por qué no está aquí?*».

—Está muy ocupado —miento—, recogiendo ingredientes. Estamos teniendo muchos clientes estos días. El calor hace que la gente tenga más ganas de vengarse, supongo.

Solo estamos en junio, pero parece que ya estemos en pleno verano. El bosque es como un agujero verde y húmedo, y el calor oprime desde las diez de la mañana. La vieja prisión es, probablemente, el lugar más fresco en muchas millas a la redonda.

Mamá empieza a tararear otra vez, pero la corto.

—Ven conmigo. Podrías darte una ducha, ver a papá, tal vez incluso ayudarnos con algunos hechizos.

Sus ojos relampaguean y sé que es el momento de alejarme, pero estoy harta de tener que dejarla aquí sola cada mañana.

—Todavía eres humana —le digo. *Todavía*, repito mentalmente. Solo se transforma por las noches, pero, cada día

que pasa, mi madre es más monstruo que persona—. Puedes volver a casa con nosotros.

Me enseña los dientes por toda respuesta. ¿Son imaginaciones mías o sus colmillos son cada vez más puntiagudos?

Suspiro y recojo mis cosas. Dejo más comida: siempre le dejo alimentos y agua para pasar el día. Todas las mañanas le pido que venga a casa y todas las mañanas se niega. No sé si es porque sigue de duelo por la muerte de la tía Sage, si está enfadada con papá o si, simplemente, ya no quiere ser humana.

—Hasta mañana, entonces —le digo mientras me abro paso por el suelo cubierto de escombros y huesos de animales. Ahora que el sol ya ha salido, puedo ver la prisión en toda su decrepitud: las ventanas estrechas y sombrías, las celdas solitarias y vacías. Al salir, cierro la puerta exterior con candado y escalo la pared de ladrillo, que se desmorona día tras día. Después me deslizo por un agujero tan estrecho como mi propio cuerpo y aparezco del otro lado de la alambrada, junto a la camioneta que he dejado aparcada en el arcén de la vieja carretera.

Arranco el motor con la canción de mamá todavía resonando horriblemente en mis oídos, más fuerte que el ruido del paso del tren, al otro lado de la cárcel. Hace meses que mi madre no ha tenido un momento de lucidez. Está atrapada dentro de sí misma, recorriendo sin cesar el extraño laberinto que nuestra retorcida magia ha creado en su interior. Nunca ha sido capaz (o tal vez nunca ha querido) de explicarme lo que les pasó a ella y a la tía Sage, hace ya once meses. No sé lo que siente ni lo que quiere. Esa canción es lo más parecido a una frase con sentido que he podido sacarle en semanas, pero aun así creo que prefiero su silencio.

Dejo atrás la zona industrial donde está la cárcel, cruzo el puente sobre el río y el parque natural aparece a mi derecha. Muy pronto, los árboles a ambos lados de la carretera me impiden ver otra cosa que no sea el bosque. Me abro camino hacia las colinas y consigo respirar con más normalidad cuanto más me alejo de mamá y de su prisión, de los almacenes y los depósitos a medio derruir que bordean ese lado del río.

Diez minutos más tarde, el motor empieza a gemir por el esfuerzo de subir el empinado camino que lleva hasta casa y, ya en la cima de la colina, echo un último vistazo por el espejo retrovisor hacia el bosque. El verde intenso llena mis ojos durante un momento que parece perfecto, hasta que vuelvo la vista hacia delante y entonces veo nuestra casa.

Es una vieja granja del siglo pasado, que cada año parece más abandonada. Antes solía ser un lugar animado por el ajetreo de cinco brujas, pero ahora solo estamos papá y yo. Hace seis meses, alguien prendió fuego a nuestro porche delantero, provocando que se desmoronase una columna y dejando la entrada negra y desastrosa. Puede que fuera una broma de algún niño del pueblo, pero lo más probable es que fuera alguien que ha recibido un hechizo de los Lloyd en carne propia, y que quería vengarse de nosotros.

Me dispongo a aparcar donde siempre, bajo el árbol de cornejo, pero hay otro coche ocupando mi sitio: uno de esos monovolúmenes de madre perfecta de los suburbios. Nuestra casa parece todavía más pobre al lado de ese coche de color blanco brillante, con sus pegatinas de caritas sonrientes. Ese coche dice *familia sana, segura, feliz*. Precisamente todo lo que los Lloyd no son.

Un olor amargo y nauseabundo me golpea incluso antes de llegar al porche de casa, lo que significa que nuestra

Miss Suburbios, como bautizo mentalmente a la dueña del coche, ha venido en busca de una poción para escarmentar a un marido infiel. Así que no es tan feliz, después de todo.

Me abro paso por el abarrotado salón hasta un oscuro pasillo al que solo dan puertas cerradas y por fin llego a la cocina, en la parte trasera de la casa. La puerta chirría al abrirse, asustando a una señora pequeña y con cara de ratón, vestida con pantalones de yoga. Sus ojos están furiosos, como los de todas las mujeres que vienen hasta aquí. Está triste, enfadada y desesperada. Lo sé porque así es como huele la poción que hierve en la olla: a sufrimiento y a rabia. Aunque ahora mismo está sobre todo asustada. Asustada por estar en esta casa en ruinas, perdida entre las colinas, asustada por todas las plantas extrañas que cuelgan de las paredes, por los tarros de insectos que se acumulan sobre las estanterías. Pero, más que nada, tiene miedo del hombre bajo y fornido que se inclina murmurando sobre la olla, con acento fuerte y áspero.

Mi padre revuelve la poción una vez más y se dirige a la mujer:

—Acércate. Echa esas semillas que te he dado y explica en voz alta cuales son tus intenciones. Después, el brebaje estará listo.

Muy despacio, la mujer abre el puño mostrando un capullo de color rosa brillante con semillas rojas colgando dentro. Es una *Eunymus americanus*, una baya parecida a las fresas también conocida como bonetero o «corazón que explota».

Puede que sea pequeña y esté asustada, pero esta señora sabe bien lo que quiere. Murmura algo que no logro descifrar y echa el capullo dentro del brebaje marrón y espeso. Mi padre pronuncia entonces las últimas palabras del hechizo.

Yo no estoy segura de que nadie se merezca lo que ese conjuro provoca, por muy infiel que haya sido. El bonetero es venenoso y causa diarrea grave si se consume solo, pero, si se añaden sus semillas a un hechizo de venganza, la palabra diarrea adquiere un nuevo significado. Es una vieja receta familiar que llamamos *Me cago en tu alma*, porque vacía a un hombre de todo su deseo, ambición y personalidad, de todo lo que es. Durante seis meses, quien la beba no será más que una cáscara vacía de sí mismo. Y cuando al fin se recupere, lo habrá perdido todo (incluyendo a su amante).

Esta misma pócima mató a alguien, hace dos meses. Papá dice que fue porque la esposa le dio demasiado brebaje de una vez, pero yo creo que hemos perdido el control de la magia. Lleva pasando desde hace año y medio, desde incluso antes de que mamá se transformase en monstruo. Tal vez debería sentirme culpable, pero mi madre me enseñó a no juzgar si alguien merece o no venganza (y solamente a dar a nuestros clientes lo que nos piden). Lo que pueda pasar después no es nuestro problema.

Cuando esa pócima provocó la muerte de aquel hombre, me preocupó que la Policía nos acusara, pero la mujer mantuvo la boca cerrada: los ingredientes del brebaje no aparecieron en la autopsia y el forense dictaminó que había sido un ataque al corazón. Aun así, me sorprende que papá vuelva a vender la poción.

—El dinero —gruñe mi padre, haciendo retroceder a la mujer, que saca una cartera de cuero de su bolso y, con manos temblorosas, deja dos arrugados billetes de veinte dólares sobre la encimera. Su mano aún se aferra con fuerza al bolso, lo cual siempre significa que podemos pedir más dinero.

—El hechizo cuesta ochenta —digo—, es muy difícil encontrar semillas de bonetero en esta época del año.

Esto no es estrictamente cierto, pero la pobre mujer nunca se enterará. Además, ¿quién sabe cuándo volveremos a tener otro cliente? Cada vez vienen menos, desde que la magia empezó a salir mal. Nuestro hechizo de *Mentiras líquidas* le dio úlceras sangrantes a un hombre, en lugar de permitirle engañar a su jefe; una pócima, que debería haber hecho que el hijo treintañero de una mujer por fin se fuera de casa, le provocó tal acceso de ira que rompió todas las ventanas de la casa antes de marcharse; y hay al menos otra docena de historias como estas circulando por el pueblo de Fawney... Así que ahora solo las personas lo bastante enfadadas o desesperadas se atreven a venir hasta aquí.

Como esta *Miss Suburbios*. Saca otros cuarenta dólares de la cartera mientras papá filtra y vierte la pócima en un pequeño tarro. El contenido es de un marrón tan turbio como el agua del río que atraviesa el pueblo. Se debe principalmente a que papá ha empezado a añadir un puñado de barro del bosque a cada pócima que prepara. Dice que la tierra enraíza los hechizos, haciéndolos hogareños y serviciales. Yo creo que eso es una superstición, igual que hacer que sea el cliente quien eche el último ingrediente con sus propias manos. Ya no estoy segura de que haya nada que podamos hacer para mantener la magia bajo control.

Mi padre cierra la tapa y le entrega el tarro a la mujer.

—Ahora escuche con atención y haga exactamente lo que le digo. Tiene que mezclar esto con algo de comida o bebida. Un tercio hoy, un tercio mañana, un tercio al día siguiente. No haga nada de forma distinta a esta. Si lo hace

exactamente así, obtendrá lo que ha venido buscando y la amante no lo reconocerá —papá dedica una sonrisa desdeñosa a la mujer—. ¿Me ha entendido?

La mujer le arrebató el tarro de las manos y se precipitó hacia la salida. La puerta de la cocina se queda abierta, batiendo al viento con las prisas por desaparecer de la asustada señora. El coche derrapa en el camino de entrada y se aleja colina abajo.

—Pobre bastardo... —murmura papá, negando con la cabeza.

—¿No podrías haberle dado otra cosa? —pregunto.

—Hm, no —papá suelta un bufido—. Esa mujer no estará satisfecha hasta que su marido esté tan flácido y sin vida como un cangrejo hervido.

—Bueno, pues esperemos que esta vez acabe más flácido que *sin vida* —le contesto.

Mi padre gruñe con aprobación.



Empiezo a ayudar a papá a limpiar el desorden de la cocina (champiñones secos sobre la mesa, montones de suciedad sobre las encimeras y el suelo, agua goteando del fregadero). Trabajamos juntos pero en silencio, nos contentamos con nuestros propios pensamientos. No me doy cuenta de que he empezado a tararear la canción de mamá hasta que papá maldice y me llama. Casi dejo caer la escoba.

—The Bloody Miller² —murmura—. Así que ha sido una de esas mañanas, ¿eh?

2. N. del T. *El molinero sangriento* o *el molinero maldito*, en castellano. La palabra bloody en inglés tiene la doble acepción de sangriento y maldito por lo que mantenemos el título de la canción en inglés.

Termina de lavar la olla y la guarda en el armario debajo del fregadero de la cocina, tirándola con un ruido sordo. Como no le contesto, papá suspira y sale de la cocina. Escucho cómo gime el viejo sillón reclinable de la sala de estar cuando mi padre se deja caer encima con todo su peso. Enciende la televisión y la voz monótona y familiar del presentador de noticias, Jerry Jones, llega hasta el pasillo. Escucho a medias durante algunos minutos, mientras registro la cocina en busca de algo que comer. Cojo una bolsa de patatas fritas y la llevo a la sala de estar en el preciso instante en que unas imágenes del camino que lleva hacia nuestra casa aparecen en pantalla.

El rostro de Jerry se ensombrece:

—La búsqueda de la joven Rochelle Greymont, de veintiún años, desaparecida desde la semana pasada, sigue en marcha —detrás del presentador aparece la fotografía de una chica guapa y rubia, de sonrisa perfecta—. Las autoridades han localizado su coche en las afueras del parque natural Wood Trush, pero...

Papá apaga la televisión y nos quedamos sentados en silencio. Solo se escucha el tic-tac del viejo reloj sobre la chimenea. La inquietud se enreda en mi estómago como una yedra venenosa. Otra chica desaparecida. Ya es la segunda que se pierde en el Bend, un tramo de tierra de apenas cuatro millas, delimitado a un lado por el río y al otro por el parque natural. El Bend siempre ha estado ahí, antes incluso que la carretera y el parque. Ese lugar ha sido la fuente secreta de la magia de nuestra familia durante los últimos cien años. La tierra nunca ha pertenecido a los Lloyd, pero eso da igual. El Bend es nuestro.

Y ahora hay chicas que desaparecen precisamente ahí.

La primera, Samatha Parsons, estaba haciendo senderismo con su novio. Él dijo que se dio la vuelta y de

pronto la joven había desaparecido. Una chica desaparece, vale. ¿Pero dos?

Mi mente vuelve a la mancha de sangre en la comisura de la boca de mi madre.

—Papá —digo, pero me interrumpe.

—Ni se te ocurra pensar eso, Della. Tu madre está encerrada. Estaba ahí esta mañana, ¿no?

—Sí —murmuro. *Cantando una siniestra canción sobre la muerte de una chica de pelo rubio.*

—No es una asesina.

—Mató a la tía Sage —respondo.

Papá vacila ante mis palabras. El recuerdo es tan doloroso para él como para mí.

Mamá y Sage habían salido a probar un nuevo hechizo para intentar recuperar la magia del Bend, pero entonces ocurrió algo horrible, inimaginable. Papá y yo las encontramos justo a tiempo de ver como el monstruo de mi madre empujaba a la tía Sage, empapada en sangre, dentro del río. Tuve que correr a casa para decirle a mi primo Miles que su madre estaba muerta... y que la mía la había matado.

—Eso fue distinto —papá niega con la cabeza—. Acababa de transformarse y no era consciente de su propia fuerza. Pero ella jamás haría daño a esas chicas. Sé que no lo haría.

Froto el lugar en el que mamá me ha tirado del pelo esta mañana, pero no digo nada. Quiero creer que papá tiene razón, que mi madre es más que ese monstruo que se esconde durante el día y que se arrastra de noche (ese al que he empezado a llamar la Sirena del río).

Después de lo que le hizo a la tía Sage, encerramos a mamá en la prisión abandonada de Wilson J. Monroe, donde no puede hacer daño a nadie más.

Pero esa cárcel está abandonada por algo: es vieja y se cae a trozos. Hay al menos una docena de vías de escape posibles para alguien lo bastante astuto para encontrarlas. Y si algo se puede decir de mi madre es que es astuta.

Mis ojos se pasean sobre las fotos enmarcadas en la pared. Todas son retratos de familia: mamá y la tía Sage rodeándose con los brazos, Sage sonríe, alegre como un girasol, mientras mamá mira a cámara con esa misteriosa sonrisa tan suya. Miles y yo, de niños, jugando a inventarnos hechizos en el barro. Y mi foto preferida de mamá, papá y yo en la mesa de la cocina, en la que mamá está soplando las velas de un pastel de cumpleaños. La diferencia entre la mujer de esa foto y la sirena medio salvaje que he dejado en la prisión esta mañana me da ganas de llorar.

Y ahora hay otra chica, Rochelle Greymont... Su desaparición es como un peso en mi garganta.

Pero si mamá se está escapando, si está haciendo daño a la gente, ¿qué se supone que debo hacer? Al principio, papá y yo probamos todos los hechizos que se nos ocurrían para intentar traerla de vuelta, pero nada funcionaba. Después de un tiempo, mi padre se rindió. Miles estaba demasiado enfadado y abatido para quedarse aquí, así que aceptó un trabajo de conserje en la universidad de Highland Rim y dijo que ya no quería saber nada de nosotros ni de la magia. Perdí a mi tía, a mi madre y a mi primo, todo a la vez. Ahora estoy sola y no tengo ni idea de qué hacer.

Podría dispararle, supongo, o podría llevar a la Policía hasta ella y dejar que lo hicieran ellos. Pero también sé que mataría a cien senderistas del parque antes de dejar que mi madre muera.

Es un pensamiento desagradable, pero estoy empezando a creer que el Bend nos transforma en monstruos, a todos.



A la mañana siguiente, antes de que el sol haya salido del todo, se escuchan golpes en la puerta de nuestra casa. Me estoy lavando los dientes, así que espero a que papá se levante y abra él.

—¿¡Qué!? —ladra por fin, arrastrándose hasta el vestíbulo.

De nuevo llaman a la puerta.

Es demasiado pronto para que sean clientes. Yo llevo despierta desde hace media hora, haciendo el desayuno de mamá y preparándolo todo para pasar el resto del día, pero papá nunca se despierta antes de las nueve si puede evitarlo. Además, los clientes nunca llaman así. Son más tímidos, temen que una fea bruja los maldiga en cuanto pisen el umbral.

Me asomo al pasillo desde el baño cuando papá abre. Detrás de la puerta hay dos policías uniformados: un hombre blanco y corpulento, y una señora rubia. Avanzo por el pasillo con cuidado de no hacer ruido para averiguar qué está pasando, con el cepillo de dientes todavía en la mano. Consigo escuchar el final de la frase del policía:

—...visitando a los vecinos, para comprobar si alguien ha oído algo o visto a la chica.

Papá no aparta la mano de la puerta.

—No hemos visto nada y ya se habrán dado cuenta de que no tenemos vecinos. Somos los únicos por aquí, en muchas millas a la redonda.

—Sí, y por eso es tan importante que usted nos proporcione cualquier información que pueda tener —contesta el hombre, con paciencia.

Papá suspira y yo me coloco a su lado antes de que pueda decir alguna grosería.

—No sabemos nada de la chica desaparecida —digo mirando a los ojos a la mujer policía. Está bastante buena, pero sé que la Policía solo significa problemas para nosotros—. Y si así fuera, ya os habríamos llamado.

Levanta las cejas como si no me creyese y mi corazón se dispara. Ladea la cabeza como si pudiera escuchar mis latidos.

—¿Les importa si echamos un vistazo alrededor de la propiedad? Solo por si acaso...

—La verdad es que sí que me importa —empieza mi padre, pero yo me interpongo: no podemos darles ninguna razón para sospechar. Tenemos demasiado que esconder.

—Podéis registrar el jardín y el cobertizo —digo—. Pero nosotros no sabemos nada.

La policía mira a mi padre pidiendo permiso y él responde conciso, asintiendo con la cabeza.

El otro policía mira por encima del hombro de papá, aventurando un vistazo al interior de La Casa de las Brujas. Estoy segura de que ha oído historias sobre nosotros, o tal vez incluso ha visto los efectos de nuestras pociones alguna vez, aunque no lo sepa.

—¿Solo vivís aquí vosotros dos? ¿No hay nadie más? —pregunta—. Pensaba que los Lloyd eran una gran familia...

Me quedo helada, pero papá contesta.

—La holgazana de mi esposa se cansó de ocuparse de todo esto y se largó con su hermana, a Memphis. Así que ahora estamos solos.

—También está ese gato de ahí —añado mientras Sunny, la gata anaranjada de tía Sage, se cuela dentro de la casa rozando nuestros tobillos al pasar. La mujer policía me mira de nuevo a los ojos, como comprobando que no me haya golpeado la cabeza con algo. Le dedico una de las desdenosas sonrisas Lloyd, patentadas por mi padre, y desvía la mirada.

—Gracias por su cooperación —dice el hombre—. Echaremos un vistazo rápido y nos iremos. Pero si escucha algo, llámenos —deja una tarjeta en la mano de mi padre.

—Sí, señor —respondo yo, justo antes de que mi padre le cierre la puerta en las narices.

—Mierda —susurro contra la puerta cerrada—. Mierda.

Papá me consuela poniendo una mano cálida sobre mi hombro.

—No ha sido ella, Della. Ya te lo he dicho. Tenerlos por aquí husmeando no cambia nada.

—¿Y si hacen más preguntas sobre mamá y la tía Sage? —nunca declaramos su muerte y Sage no tenía a nadie más aparte de Miles, que aceptó mantener el secreto por el bien de la familia. Pero, si la policía lo busca y lo presiona, tal vez acabe por revelarles algo—. La mujer policía parecía preocupada por mi falta de madre —añado.

Papá bufá otra vez.

—Les importa una mierda lo que le haya pasado a tu madre. Se darán cuenta de que las desapariciones de esas chicas no tienen nada que ver con nosotros y nos dejarán en paz. Y ahora, ¿no deberías estar en otro sitio? —lanza una mirada elocuente al viejo reloj del abuelo que hay al otro lado de la habitación—. Vas a llegar tarde y pensará que la hemos abandonado de verdad.

—No soy yo quien la ha abandonado —murmuro al volver a mi habitación.

Papá levanta a Sunny y le acaricia la cabeza fingiendo no haber escuchado lo que acabo de decir.

Mientras conduzco hacia la prisión, mi mente empieza a rumiar todas las posibles vías de escape que podría haber utilizado mamá. Me la imagino rompiendo una venta, escalando los altos muros de la cárcel y dejándose caer sobre la hierba muerta que hay debajo. Me la imagino atravesando la carretera y adentrándose en el bosque, a cuatro patas, buscando el río, pero prefiero no pensar en lo que pasa después de eso. No me puedo imaginar sus dientes, sus garras, la sangre. Todavía no. No hasta que tenga que hacerlo. De momento seguiré fingiendo, igual que papá.

Natasha

Había visto anuncios de gente desaparecida antes: siempre un poco borrosos y con la palabra «DESAPARECIDO» escrita encima, en letras grandes y rojas. Siempre me habían parecido una reliquia, como restos y despojos de los años setenta. ¿Cómo puede desaparecer alguien ahora, con las constantes actualizaciones en redes sociales, los teléfonos móviles y los *softwares* de reconocimiento facial?

Seguramente por eso tengo la impresión de que nada de esto es real, mientras pego un póster con la cara sonriente de mi hermana en un poste de electricidad, justo encima del anuncio de un paseador de perros. Estiro un pliegue del papel y entonces me fijo en el texto. Las palabras se embozoran por la mezcla de sudor y lágrimas que me inunda los ojos.

Rochelle Greymont

Edad: 21

Pelo rubio, ojos azules, 1m55

Vista por última vez...

—Nat —mi mejor amiga Georgia me llama desde la otra esquina de la manzana, desviando mi atención del póster. Lleva una bolsa de tela vacía—. Ya no me quedan, ¿tienes más? —en la mano tiene lista la pistola grapadora.

Rápidamente, me enjuago los ojos y alcanzo mi bolso, pero ya solo queda un póster. Echo un vistazo a la hora en mi teléfono móvil. Hemos estado empapelando la universidad de Rochelle, la Highland Rim, durante las últimas dos horas.

—Tampoco me quedan —le grito—, y creo que ya deberíamos irnos a clase de esgrima, de todas formas.

Georgia se acerca trotando, sus largas y finas trenzas rebotan sobre sus hombros descubiertos.

—Dios, qué calor hace hoy —dice abanicándose con la mano. Su piel marrón oscuro está empapada en sudor, igual que la mía—. ¿Estás segura de que quieres ir a esgrima? —me pregunta cuando llega a mi altura, probablemente al darse cuenta de que he estado llorando—. Podemos saltárnoslo, si quieres.

Me muerdo el labio. Se me hace raro ir al club de esgrima como si fuese un día normal, cuando mi hermana lleva desaparecida 72 horas. Pero ahora mismo todo es mejor que estar en casa, donde lo único seguro es que no haré nada aparte de dar vueltas y dejarme llevar por el pánico, igual que mis padres, y donde mi mente repasará los escenarios más funestos, como en una de esas viejas películas que Georgia guarda en el estudio de su sótano.

—No, vamos —le digo—. Mamá dice que debería seguir con mi rutina todo lo que pueda. Dijo que me ayudaría a mantener la calma.

—Pues tu madre no debe haberse dado cuenta de lo aterradora que eres con un sable en la mano... —dice Georgia irónicamente.

—¡Mira quién habla! La semana pasada me ganaste en todos los combates.

Georgia me dedica una sonrisa burlona.

—Te lo digo siempre: las chicas pequeñas y compactas como yo somos las mejores esgrimistas... ¡y también las mejores amantes, por eso Odette no puede resistirse a estar conmigo!

Suelto un resoplido y siento cómo los ojos de Georgia se posan sobre mí con una expresión seria que no tiene nada que ver con la broma de antes. Sus chistes son solo para mí, para que no me pierda dentro de mí misma. Está preocupada. Ha sido mi amiga durante el tiempo suficiente como para saber que, aunque parezco tranquila por fuera, por dentro soy un volcán a punto de estallar.

Porque mientras la cara de mi hermana me mira desde todos los postes y farolas que pasamos, siento que la rabia (esa vieja rabia que he me ha costado años de terapia mantener bajo control) empieza a hervir y burbujear en mi interior. Y cuando veo el *flyer* anunciando un concierto en directo en el Papa's esta noche, sé que no habrá esgrima que pueda impedir que el volcán entre en erupción. Solo tengo que asegurarme de que lo dejo estallar frente a la persona adecuada...



Sigo sudada y alterada por el entrenamiento de esgrima cuando me adentro en la atmósfera oscura y llena de humo de Papa's. Son las cuatro de la tarde y fuera el sol es una bola ardiente y brillante en medio del cielo, pero dentro del bar el tiempo deja de tener sentido. Solo hay luces de neón, mesas pegajosas por la cerveza y pósters descoloridos de

grupos de principios de los años 2000. El novio de Rochelle, Jake, está delante del escenario montando el equipo de sonido. No suena música de fondo, y Jake levanta la vista cuando entro. La luz que se cuelga por la ventana que hay al frente del bar proyecta una sombra sobre él, así que es más una silueta que otra cosa (la silueta de sus hombros anchos y el pelo despeinado).

—Eh —le digo.

—*Eh* a ti también —su voz suena cansada y cuando me acerco más al escenario veo que su rostro también lo parece, con ojeras y la mirada consumida. Solo tiene veintidós años, pero podría pasar por un hombre de treinta ahora mismo.

—Te mantienes ocupado, por lo que veo —intento (y fracaso) mantener un tono neutro.

—¿Puedo ayudarte con algo? —me dice como si yo fuera una chica cualquiera que se ha encontrado por la calle, en lugar de una persona que conoce y que le importa.

—Quería preguntarte si has sabido algo de Rochelle —contesto con amabilidad. Mi padre, que es abogado, me ha enseñado que nunca se puede ir directo al ataque: hay que camelarse al testigo. No es mi estilo, pero lo intento. También quiero ser abogada, así que supongo que esta es la oportunidad para poner en práctica el método de papá.

—*Nah* —dice Jake.

Suspiro.

—¿Eso es todo lo que me puedes decir? Rochelle lleva tres días desaparecida. Todo el mundo se está desviviendo por encontrarla y tú solo estás aquí, haciendo el tonto con tus amplificadores —*y hasta aquí mi intento de camelar al testigo...*

El silencio se ensancha entre nosotros, pero me niego a romperlo. Miro fijamente a Jake, esperando una respuesta. Su expresión es de irritación estudiada, como si le estuvie-

ra haciendo perder el tiempo. O tal vez está colocado y le cuesta concentrarse, con Jake nunca se sabe.

Saco el último póster de «Persona desaparecida» que me queda y lo tiro encima de los amplificadores. La cara de Rochelle se queda mirando hacia el techo. Jake se encoge al verla, pero vuelve a mirarme a los ojos.

—Ya sabes como es. Aparecerá en cualquier momento —dice finalmente, enrollando unos cables por encima de su hombro—. Esto es típico de Rochelle. Se enfada conmigo y desaparece unos días, ya lo ha hecho otras veces antes —sus ojos recorren el bar y aprieta la mandíbula. Le tiembla el músculo de la mejilla, desvelando la tensión que está intentando ocultar tras esa fachada despreocupada.

—Rochelle no desaparece sin más —insisto—. A mí nunca me ha hecho eso.

Jake se ríe.

—Pregúntaselo a Margo. Tuvieron una pelea el mes pasado y Rochelle dejó de hablarle durante toda una semana, incluso me hacía fingir que no estábamos en casa cuando Margo pasaba por ahí.

Margo Yoon ha sido la mejor amiga de Rochelle desde el instituto. Dudo que pudieran pasar un día entero sin hablarse, y menos una semana. Jake solo está exagerando para demostrar su argumento.

—Bueno, pues supongo que esta vez se está escondiendo de todos nosotros, entonces —le digo.

—Supongo —insiste—. Y una vez que todo el mundo se haya desvivido por ella, volverá a casa. Pero esta vez yo ya no estaré esperándola con los brazos abiertos.

Intento mantener la compostura tal y como me enseñó mi padre, tal y como lo haría un Greymont, pero la rabia se me escapa.

—No eres más que un capullo —estallo—. ¿Crees que ha abandonado su coche al borde de la carretera así sin más? ¡Pero si le encanta ese coche!

El Triumph TR6 azul claro de Rochelle, del 1972, es como su bebé. Ni siquiera es capaz de dejarlo aparcado frente a la acera de casa, y mucho menos en el arcén de la carretera junto a un parque natural. La policía ya ha determinado que el automóvil no está averiado, por lo que algo más debió hacer que se detuviera en la carretera.

—Tal vez se encontró con alguien —dice Jake, con un destello de celos en los ojos—. Otro chico. Él la recogió y ella dejó el coche.

—Eso es una estupidez.

Jake siempre ha sido celoso, desde la noche en que él y Rochelle se conocieron. Ella pensaba que esa posesividad era encantadora, al menos al principio. Pero yo solo lo veo por el deshecho tóxico que es. Esos mismos celos le impiden ahora ayudar a buscarla, o incluso de admitir que algo va mal. Jake niega con la cabeza y se muerde el labio.

—No habría sido la primera vez. Tu hermana es una...

Doy un paso hacia adelante y lo empujo con fuerza.

—Te daré una paliza si dices una maldita palabra más, Jake Carr.

Su mandíbula se tensa de nuevo y sus ojos azul claro brillan de ira, pero se reprime. En lugar de arremeter contra mí, Jake sonríe y sus hermosos labios se tuercen con esa sonrisa de *cowboy hípster* que exhibe cada vez que sube al escenario.

—Será mejor que cuides esa sucia boca que tienes, Natasha. No querrás que la gente vaya por ahí pensando que no eres una verdadera dama.

Necesito hacer uso de todo mi autocontrol para no darle un puñetazo a su rostro engreído.

—¡Podría estar perdida y herida en medio del bosque! ¡Podría haber sido devorada por un jodido oso! ¡Podría haber sido asesinada por algún psicópata! ¿Y tú estás aquí diciéndome que actúe como una dama? ¿Por qué no vas a buscarla? ¿Por qué no sales en las noticias usando el estatus de pequeña celebridad que tienes para que la gente ayude a encontrarla? ¡¿Por qué no haces nada?!

Grito en la última parte y Jake retrocede medio paso. Mira hacia un lado, con una expresión ligeramente avergonzada.

—Oh —me río todo lo burlonamente que puedo—. Ya veo... Estás preocupado por tu imagen. El chico malo Jake Carr no tiene una novia estable. ¿Por eso tu equipo de relaciones públicas te mantiene alejado de la prensa, o acaso es por el dinero de tu familia? ¿Sabes qué? Me esforcé mucho en que me gustaras, por el bien de Rochelle. Pero no eres más que un pedazo de mierda inútil.

Me doy la vuelta y salgo del bar sin darle tiempo a reaccionar. Inmediatamente, la deslumbrante luz del sol de junio y una bocanada de calor húmedo me golpean en la cara. A esta hora, el aparcamiento parece estar a las mismas puertas del infierno. Abro la puerta de mi BMW de un tirón y me dejo caer en el asiento del conductor. El cuero me quema la piel expuesta de los hombros, pero no me importa. Me estoy quemando por dentro, así que ¿por qué no por fuera también?

—Joder —grito y golpeo el volante.

El claxon suena débilmente y un vagabundo al otro lado del *parking* se sobresalta. Frunce el ceño y sigue caminando, arrastrando una bolsa de basura negra detrás de él.

Genial, ahí va otra persona que piensa que solo soy una niña rica y consentida conduciendo el lujoso coche de mi papá. Para

él, yo no soy mejor que Jake. Las lágrimas me inundan los ojos, pero parpadeo para que desaparezcan mientras enciendo el motor, el aire acondicionado y subo el volumen de la música al máximo. Salgo del aparcamiento y me detengo en el semáforo en rojo.

Un grupo de chicas universitarias desfila por la pasarela. La luz del semáforo está cambiando, pero se detienen en medio de la carretera para, lo juro por Dios, hacerse un *selfie*. Considero tocar la bocina, pero, en cambio, respiro profundamente. La voz de mi terapeuta, la Dra. Patel, me reprende mentalmente: «Ya sabes lo que es esta ira, Natasha. Es miedo. Es ansiedad». Dice que toda mi rabia es un mecanismo de defensa para lidiar con el trauma. Tal vez tenga razón, o tal vez el mundo está lleno de razones para estar enfadada. Como la desaparición de mi hermana y la falta de pistas. Y como el idiota de su novio. Ese pensamiento es como un rayo de ira que atraviesa mis brazos y, antes de darme cuenta, la palma de mi mano está presionando con fuerza el claxon. Las chicas me miran y se ríen. Me hacen una peineta, pero se apartan a toda prisa cuando quemo el motor.

Conduzco entre el tráfico intermitente durante unos minutos exasperantes hasta que por fin puedo entrar en la interestatal. Miro el medidor de velocidad y presiono el acelerador. Les había dicho a mis padres que estaría en casa a las cuatro, pero ya son las cinco pasadas. Con Rochelle desaparecida, están más nerviosos que nunca. No les he dicho que iba a ver a Jake; de hecho, ni siquiera sabían de la existencia de Jake hasta hace unos días. Rochelle nunca les dijo nada. Siempre les ha ocultado cosas y, desde de que está en la universidad, se ha vuelto aún más reservada.

Mientras conduzco, comienzo a clasificar los hechos como lo haría para un trabajo de investigación, poniéndolo-

los en orden. La noche que desapareció, Rochelle estaba en una fiesta con Jake en la casa de un ejecutivo de música. Condujeron por separado porque Rochelle venía de hacer un trabajo en grupo en la biblioteca de la Universidad de Highland Rim. Ambos fueron vistos en la fiesta hasta la medianoche, pero, después de esa hora, nadie recuerda haberla visto a ella. Los amigos de Jake dan fe de que estuvo en la fiesta y que pasó la noche allí, y hay fotos de él pasando el rato después de la medianoche. Jake dice que Rochelle estaba cansada y volvió a casa. Pero nadie volvió a verla. Un guardabosques encontró su automóvil abandonado al lado de la carretera, junto al parque natural, y avisó a la policía. Nadie sabe por qué estaba conduciendo en esa dirección. Básicamente, nadie sabe nada.

Llego al vecindario de mi familia y reduzco la velocidad mientras conduzco por calles con casas enormes e imponentes, de jardines inmensos y perfectamente cuidados. Sigo creyendo que, algún día, sentiré que este es *mi barrio*, el lugar al que pertenezco, pero ya han pasado seis años y todavía me siento como aquella niña de diez años recién adoptada, que observaba boquiabierta un lujo que, hasta entonces, solo había visto en la televisión. Desde entonces, he trabajado duro para convertirme en el tipo de persona que vive aquí, desde mi media de sobresalientes, hasta mi estantería de medallas de esgrima y atletismo. *Fake it 'till you make it*³, como dicen aquí.

Entro en el camino bordeado de árboles que lleva a la casa de mi familia y acelero en la curva que bordea el muro de la época de la Guerra Civil, solo reduzco la velocidad

3. N. del T. En castellano: *Finge hasta que lo consigas*, dicho popular inglés.

cuando veo la casa. El exterior es de ladrillo georgiano, la hiedra trepa por las paredes y también las rosas de color crema que crecen en los macizos de flores. A diferencia de muchas de las casas de los alrededores, la nuestra es elegante sin ser imponente ni ostentosa. Me recuerda a mis padres, con su viejo dinero y su encanto blando. Mi madre, tan dulce, y mi padre, tan firme. Está claro que a veces pueden ser algo inconscientes, pero son el tipo de personas que adoptan a dos niñas, ya mayores, y las aman como si fuesen de su propia sangre.

Mamá me espera en la cocina, un delantal cubre su vestido y unos guantes de goma amarillos cubren sus manos. Ha estado limpiando el fregadero. Otra vez.

—Natasha, estaba empezando a preocuparme —dice. Sus labios tiemblan y me odio a mí misma por preocuparla.

Le dedico mi mejor sonrisa de niña buena.

—El club de esgrima se alargó un poco y luego algunos de nosotros fuimos a por patatas fritas y batidos.

Mamá sonríe, pero las líneas de preocupación no desaparecen de su rostro perfectamente maquillado.

—Me alegro de que pases tiempo con tus amigos, cariño. Has trabajado demasiado este verano.

Está demasiado distraída para darse cuenta de mi mentira. A excepción de Georgia, no tengo amigos del club de esgrima. Son un grupo de triunfadores con personalidad de tipo A⁴, que eligieron la esgrima porque les da la oportunidad de liberar toda su angustia reprimida. Tampoco es que yo sea muy distinta a ellos... Además de los entrenamientos

4. N. del T. Según una popular teoría de la personalidad desarrollada por dos cardiólogos estadounidenses en los años 50, las personas de tipo A son competitivas, ambiciosas, impacientes y organizadas. En contraste con las personalidades de tipo B, más relajadas, pero también más neuróticas.

del club de esgrima, mi verano solo ha consistido en presentar solicitudes de prácticas y preparar los exámenes de selectividad. Bueno, hasta la desaparición de Rochelle. Ahora ya nada me importa hasta que Ro regrese a casa. Me dejo caer en uno de los taburetes de la cocina. La encimera de mármol está tan limpia que casi puedo ver mi reflejo en ella.

—¿Hay noticias?

Mamá se da la vuelta rápidamente, pero me da tiempo a ver la angustia que atraviesa su cara.

—Nada en absoluto. La policía ha terminado de registrar el área a lo largo de la carretera, pero no hay señales de ella. Ahora... están buscando en el río para ver...

Mi madre contiene un sollozo. Me levanto del taburete de un salto. La envuelvo entre mis brazos desde atrás y apoyo la frente contra su pelo.

—Oh, mamá —susurro—. Ella no está en el río. Te lo prometo —el pequeño cuerpo de mi madre se estremece—. ¿Recuerdas ese chico con el que estaba saliendo, Jake? Me dijo que Rochelle ya había hecho esto antes, que se había marchado cuando los dos se peleaban —me odio a mí misma por repetir esas palabras, pero quiero tranquilizar a mamá—. Quizás eso es lo que ha pasado. Tal vez aparezca en unos días o en unas semanas. Y nos podremos olvidar de todo esto.

—Por supuesto, por supuesto, cariño —dice mamá, volviéndose hacia mí. Le limpio las lágrimas de los ojos con los pulgares. Intenta esbozar una sonrisa valiente mientras yo contengo mis propias lágrimas y levanto la barbilla.

—Las Cook somos chicas fuertes, ¿sabes? —mamá se sobresalta cuando escucha nuestro apellido de nacimiento—. Es lo que siempre me decía Rochelle cuando éramos pequeñas y las cosas iban mal: «Las Cook somos demasiado

fuertes para dejarnos aplastar por nadie, Shashi». —Mamá ríe ante el apodo que Rochelle me puso—. ¡Y ahora que somos chicas Greymont, somos aún más fuertes! —mi madre sonrío a través de las lágrimas y, por un instante, me da la impresión de que todo va a salir bien.

Justo entonces suena el teléfono y mamá se apresura en contestar.

—¿Hola? —responde. El temblor su voz me da ganas de romper algo—. Sí, soy Cheryl Greymont. Sí. Ya veo. ¿Algo más? No, no, por supuesto —su rostro parece cuidadosamente neutro, pero sujeta el teléfono con fuerza, tanta que sus nudillos se ponen blancos—. Llamaré a mi esposo y lo arreglaremos. Sí. Sí, ahí estaremos. Gracias.

Después de colgar, se queda mirando el teléfono que todavía sujeta en la mano durante tanto tiempo que parece en trance.

—¿Mamá? —pregunto—. ¿Qué pasa? ¿La han encontrado? Está... ¿Está...? —se me quiebra la voz.

Mamá percibe mi angustia y me mira a los ojos, los suyos están firmes y seguros de nuevo.

—Han encontrado su bolso junto al río.

—Oh. Y ya saben...

Mamá niega con la cabeza.

—La policía me ha dicho que, ahora que tenemos un lugar definido, podemos traer nuestro propio grupo de búsqueda si queremos. Porque ahora tenemos un lugar donde buscar —la decisión resuena en su voz, y de pronto vuelve a ser esa madre con la que he convivido durante seis años, la que organiza ventas de pasteles y discute en las reuniones de padres—. Ahora sabemos con certeza que ha desaparecido en el parque natural. Es mucho más de lo que teníamos antes. Podemos empezar por el río.

Una imagen horrible pasa por mi mente: Rochelle muerta en un río sucio, su cadáver gris e hinchado, su hermoso cabello rubio atrapado entre los helechos, sus ojos devorados por los peces. Se me doblan las rodillas, pero me vuelvo a sentar antes de que mamá se dé cuenta. Alejo esas imágenes de horror y le dedico a mamá una sonrisa tranquilizadora. Rochelle no está muerta. Lo sabría si lo estuviera. Yo lo sabría, en el fondo. Rochelle está viva y necesita que la encontremos. Agito mi iPhone en el aire.

—Reunamos a las tropas.



Menos de dos horas después, ya tenemos a sesenta voluntarios peinando el parque natural en busca de pistas. Nos hemos dividido en cuatro: un grupo para buscar a lo largo del río, donde encontraron el bolso de Rochelle, otro para recorrer los campos cercanos y llenos de maleza, otro para caminar por el sotobosque y otro para escalar las colinas, con la esperanza de poder encontrarla desde ahí arriba.

El Parque Natural Wood Thrush es enorme, cubre aproximadamente 1000 hectáreas, y engloba distintos paisajes. Si Rochelle está aquí, podría estar en cualquier parte. Grito su nombre entre los árboles que bordean el camino por enésima vez. Pero lo único que se escucha son los ecos de otras voces, todas gritando la misma palabra: el nombre de mi hermana.

—¡Rochelle! —llamo de nuevo, preocupada porque mi voz es demasiado suave y débil para que se escuche. La inmensidad del parque me hace sentir pequeña e impotente.

Ya había estado aquí antes, una vez cuando tenía once años, y recuerdo que me sentí exactamente igual. Era nues-

tro primer verano como Greymonts y papá nos llevó de excursión. Hacía calor y había mucha humedad, los mosquitos no paraban de picarme. El bosque parecía grande, misterioso y peligroso, y yo solo quería volver a casa, a un lugar seguro y familiar. Sin embargo, a Rochelle le encantó. Le hizo cien preguntas sobre las plantas y los árboles a papá, incluso se quitó los zapatos y se zambulló en el arroyo. Yo no me atreví a quejarme ni una sola vez porque estaba muy feliz y me encantaba ver sonreír a Rochelle. El recuerdo de la sonrisa de Ro me envuelve como una cálida manta. Joder, la echo mucho de menos.

—¡Rochelle! —grito otra vez, pero mi voz se rompe en la segunda sílaba y termina en un graznido.

—La encontraremos, Natasha. Te lo prometo, la encontraremos —dice Margo, la mejor amiga de Rochelle, mientras agarra mi mano y la aprieta.

Esboza una sonrisa alentadora y se echa el cabello, rizado y color rosa chicle, hacia atrás. Me pregunto si estará tratando de convencerse a sí misma tanto como a mí... Margo es casi como de la familia y siempre me ha tratado como a una hermana pequeña. Pero nunca he pasado tanto tiempo con ella sin Rochelle, y eso hace que todo esto sea aún más extraño.

Georgia me toma la otra mano, pero no me promete nada. Georgia nunca hace promesas que no puede cumplir. Está anocheciendo y su piel se tiñe de azul con esta luz, las sombras se oscurecen bajo sus ojos marrones. Tiene aspecto sombrío, preocupado. De alguna manera, eso me reconforta más que el optimismo alegre de Margo. Yo también me siento así. Seguimos recorriendo la línea de árboles al borde de la carretera. Yo quería ir al bosque para buscar con los demás, pero a mamá y papá les asustaba la idea

de que yo entrara allí, como si fuera a desaparecer igual que mi hermana. En lugar de eso, les prometí que Georgia, Margo y yo nos mantendríamos al lado de la carretera, cerca de donde estaba el coche abandonado de Ro. La policía y los guardabosques ya han peinado esta zona, pero es posible que se les pasara algo por alto. Al menos eso es lo que me digo a mí misma. De todos modos, necesito sentir que estoy haciendo algo.

Estamos rodeadas de troncos de árboles plateados y de hojas verdes. Sin embargo, todo parece inquietantemente silencioso. Ningún pájaro canta, ninguna ardilla juega entre las ramas. Solo hay silencio, a excepción de los gritos del nombre de mi hermana y del zumbido ocasional de algún coche que pasa a toda velocidad. Cuanto más caminamos, menos nos llegan las voces de los buscadores, hasta que todo lo que se escucha es el ruido de nuestros propios zapatos aplastando la hierba, arrastrando la grava. La respiración de Georgia resuena constante en mi oído y noto su mano sudorosa entre los dedos. El aire parece zumbir contra mi piel, como si estuviera vivo. Todo este lugar parece vivo, como un ser que respira, piensa y observa. Me aterroriza, pero algo dentro de mí también se siente atraído por el bosque. Cada centímetro de mi piel está alerta, sensible, receptivo, expectante. Casi parece como si pudiera extender mi mano y...

—Espeluznante, ¿no? —Georgia susurra, y su voz me arranca de mis extraños pensamientos. Ese tirón magnético que estaba sintiendo hacia el bosque desaparece. Saca su teléfono del bolsillo trasero y comienza a grabar un vídeo mientras caminamos. Miro nuestro movimiento a lo largo de la carretera a través de la pantalla de su iPhone y me recuerda a una película de terror de bajo presupuesto.

Georgia es incapaz de presenciar nada sin grabarlo. Para decepción de su padre, que es director financiero, y de su madre, profesora de ingeniería, Georgia es artista. Pero, personalmente, preferiría que no hiciera arte en este momento en particular.

—¿Tienes que hacer eso *ahora*? —pregunto.

—Lo siento —dice Georgia—. La costumbre.

Deja de grabar y vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo. Una brisa fresca flota en el aire húmedo y trae un extraño olor metálico. Los cabellos a lo largo de mi nuca se erizan, un escalofrío me recorre la espalda. Aunque todavía queda media hora de luz, el bosque ya está oscuro. Estoy a punto de sugerir que volvamos hacia el coche cuando escuchamos un crujido de hojas aplastadas entre los árboles.

Nos quedamos quietas y esperamos, atentas al menor ruido. El bosque se vuelve a quedar en silencio. Intento distinguir algo entre la penumbra, pero los árboles son meras sombras en la oscuridad. Georgia saca su teléfono y usa el *flash* para iluminar las ramas y el suelo del bosque densamente alfombrado. Justo entonces, el rayo de la linterna refleja dos ojos brillantes en la oscuridad y un animal salta bruscamente. Margo grita y nos empuja a Georgia ya mí lejos de la línea de árboles, a la carretera.

—¡Volved al *jeep*! —Grita.

Nuestros pies golpean el suelo y no miramos atrás. No dejamos de correr, no hacemos nada más que huir. Georgia y yo somos buenas corredoras, tenemos tres años de entrenamiento, pero, después de unos minutos, a Margo le cuesta seguirnos el ritmo. Es normal, va vestida con unas Converse y unos vaqueros ajustados de cintura alta. Tiro de ella, tratando de arrastrar algo de su peso. No hay ningún signo de persecución detrás de nosotras, pero noto

cómo el corazón me late en las sienes y mi respiración se agita. Todo en lo que puedo pensar es que, si hay criaturas así deambulando por el bosque, Rochelle podría tener más problemas de los que me había imaginado.

Un sollozo inesperado se arranca de mi pecho, tropiezo, caigo y mis rodillas chocan contra el asfalto de la carretera. El impacto hace que lo vea todo blanco por el dolor y me giro de lado, gritando, con los brazos rodeando mis doloridas rodillas. Georgia y Margo se inclinan sobre mí, hablando entre ellas. Me sientan sobre el suelo y todas las lágrimas que he estado conteniendo hasta ahora se derraman de golpe. El asfalto aún está caliente y, mientras sollozo, siento que alguien me está arrancando las entrañas.

Margo, todavía intentando recuperar el aliento, se arrodilla frente a mí y me da un fuerte abrazo. Georgia está de pie, vigilante, pero su mano descansa sobre mi cabello. La hora del crepúsculo es tranquila y silenciosa. Pequeños destellos de luz iluminan la hierba alta a los lados de la carretera.

—Mira, luciérnagas —dice Margo, sonriéndome a través de sus propias lágrimas. Su rostro redondo es hermoso bajo el halo de cabello rosa.

—¿Por qué estás tan guapa cuando lloras? —pregunto, limpiándome los mocos.

—¡Qué exagerada! Supongo que es lo único bueno que he sacado de mi carrera como actriz en el instituto —dice Margo riendo.

—También a Rochelle —señalo. Así fue como Margo y Rochelle se hicieron amigas, actuando en una producción escolar de *Hairspray*.

—Sí —dice Margo con un suspiro—, también a Rochelle.

—Se acerca un coche, advierte Georgia.

Margo me ayuda a ponerme en pie y nos apartamos a un lado de la carretera justo cuando un todoterreno se detiene a nuestro lado. Margo me empuja ligeramente detrás de ella.

—¿Estáis todas bien? —dice la voz de un hombre desde dentro.

Mi visión sigue borrosa por las lágrimas, pero veo a un guardabosques en el asiento del conductor del *jeep*. Es un hombre blanco, de unos treinta años, con el rostro barbudo y el pelo castaño y lacio peinado detrás de las orejas. Un brazo ligeramente musculoso descansa sobre la ventana abierta, revelando un bronceado profundo debajo de la manga del uniforme beige. Lleva unos guantes de trabajo de cuero grueso.

—Estamos bien —digo—. Por lo menos ahora —me limpio los ojos.

—Nos perseguía un animal —añade Georgia, cruzándose de brazos y mirándolo con recelo. Las cejas del guardabosques se levantan con incredulidad.

—¿Estáis seguras? Los animales no suelen molestar a las personas, a menos los molesten a ellos. ¿Qué aspecto tenía?

—Tenía los ojos amarillos —digo, no me gusta nada el tono que está adquiriendo la conversación—. Era bastante grande. Es todo lo que pude ver antes de huir.

—Hmm, podría haber sido un perro perdido —dice el guardabosques encogiéndose de hombros—. Hemos recibido algunos informes sobre eso y yo mismo me he encontrado con algunos. No es nada de lo que preocuparse —nos dedica una sonrisa encantadora—. Subid, os llevaré de vuelta a vuestro coche.

Miro a Margo para ver qué opina. Ella sonríe al guardabosques.

—Gracias. Lo hemos dejado un poco más allá, en el arcén —dice—. Agradeceríamos mucho que nos acerque.

—Yo no sé si quiero subirme a la camioneta de un tipo blanco cualquiera —me susurra Georgia al oído.

Subirme al coche de un extraño tampoco es algo que yo haría normalmente, pero la noche cae rápido y una bestia de ojos amarillos deambula por el bosque.

—Todo irá bien —le susurro—. Estamos juntas y él es un guardabosques, piensa que es como un policía de la naturaleza.

Georgia parece aún menos convencida y me doy cuenta de mi error: la policía no es un sinónimo de seguridad para ella, al contrario.

—Perdón. Podemos llamar a mi madre si prefieres. Seguro que puede enviar a alguien a buscarnos —ofrezco—. O podemos seguir caminando.

Georgia mira a nuestro alrededor, a la carretera desierta y sombría, y se muerde el labio.

—No, esto es demasiado espeluznante. Vamos a arriesgarnos con el guardabosques —le doy un apretón tranquilizador en la mano.

Mientras, Margo se dirige hacia la puerta del asiento del pasajero.

—¿Por qué no te sientas tú delante, Natasha? Probablemente te duela la caída.

Empuja el asiento hacia adelante para que ella y Georgia puedan subirse a la parte trasera del *jeep*. No se equivoca: hago una mueca de dolor mientras me subo al vehículo. Al menos, sentarme al frente me permitirá estirar las piernas y que no me duelan tanto las rodillas.

—¿Estáis con el grupo de búsqueda de esa chica, de Greymont? —pregunta el guardabosques mientras pone el coche en marcha.

—Es mi hermana —digo y los ojos del hombre se posan sobre mi rostro de nuevo, como buscando una semejanza. No hay muchas: mi cabello es castaño mientras que el de Ro es rubio, mi cara es ovalada y la suya tiene forma de corazón. Ro tiene curvas y yo soy todo de piernas largas y hombros atléticos.

—Siento oír eso —dice, con tono suave—. Parece una buena chica, por lo que dicen en las noticias. He estado ayudando a la policía tanto como puedo. Vivo en el parque, junto a la antigua carretera.

Me dejo llevar por la suave melodía de su voz, repentinamente aliviada.

—¿Tú solo? ¿Llevas mucho tiempo ahí? ¿No echas de menos a nadie? —pregunta Margo, inclinándose hacia delante para sonreírle.

El hombre se ríe de buena gana ante las rápidas palabras de Margo.

—Me mudé aquí desde el norte de Florida hace ya un tiempo. Me gustan la paz y la tranquilidad.

—Pues no tendrá mucho de eso con Margo en el coche —murmura Georgia desde el asiento trasero.

—No todos podemos ser unas artistas silenciosas y pensativas —replica Margo.

—No, y el mundo tiene una gran necesidad de diseñadoras de moda súper extrovertidas que nunca paran de hablar —contesta Georgia.

Margo le saca la lengua y calla deliberadamente. Georgia se ríe. Han sido así desde la primera noche que Georgia vino a dormir a mi casa, en noveno grado, y Margo se puso a hacer bromas, rompiendo su caparazón melancólico. Después de tres años de eventos familiares, esas bromas constantes entre ellas son lo que mejor se les da. Sonríe, pero

sus comentarios no logran distraerme por completo de la oscuridad que reina fuera del *jeep*. No me había dado cuenta de que nos habíamos alejado tanto de nuestro coche.

El camino se dobla bruscamente en una curva y mis ojos siguen la silueta de la colina. Me sorprende ver una casa ahí arriba. Ni siquiera la había visto cuando íbamos caminando, ya que miraba hacia los árboles del otro lado.

—¿Esa casa forma parte del parque natural? —pregunto, señalando hacia arriba—. ¿Es un sitio histórico o algo así?

El guardabosques niega con la cabeza.

—No, esa es la casa de los Lloyds. Por lo que me han contado los otros guardabosques, han vivido allí durante décadas. Son gente extraña, circulan muchos rumores sobre ellos en la ciudad. ¿Nunca habéis oído hablar de ellos?

Todas negamos con la cabeza. No es de extrañar: nosotras vivimos en en Swylerville, una ciudad universitaria. Compramos en tiendas diferentes y vamos a escuelas e iglesias diferentes a las de la gente de aquí, de Fawney.

—¿Qué tipo de rumores? —pregunta Georgia, estirando el cuello para echar un último vistazo a la casa. Siempre está buscando inspiración para su próximo tema documental. Sin duda piensa que podría haber una historia interesante en esa espeluznante granja.

El guardabosques se ríe.

—Tonterías, sobre todo. La gente dice que son brujas y que venden hechizos para vengarse de los enemigos. Esa clase de cosas.

—Pues me vendría bien un hechizo como ese —murmuro, pensando en Jake.

Y entonces recuerdo a Rochelle sentada en mi cama, sosteniendo uno de sus cristales en la palma de la mano.

Me estaba diciendo que deseaba poder hacer magia y yo le respondí que debería ver una película de los noventa sobre brujas adolescentes, *The Craft*⁵, y que, una vez viera las horribles serpientes que invocaban las protagonistas, cambiaría de opinión. Pero Rochelle negó con la cabeza: «*He oído hablar de una familia de verdaderas brujas que viven en Fawney, en las colinas. Mi amiga Sandra fue a verlas cuando su novio le dijo que tenía el culo gordo. Le dieron una poción para hacerle feo. Le apareció un terrible acné y se le cayó todo el pelo*». Yo me reí de eso y Rochelle también. Pero había un anhelo verdadero en su rostro. Ella deseaba que esa magia fuera real.

—¿Has hablado con los Lloyd alguna vez? —pregunta Georgia al guardabosques, disipando mi recuerdo. Él se encoge de hombros.

—Los he visto por los alrededores, de vez en cuando. A veces llegan hasta Wood Thrush⁶. Son gente inquietante. Especialmente la hija, hay algo espeluznante en ella.

—¿Crees que realmente venden hechizos? —deduzco que podrían ser las mismas brujas de las que me habló mi hermana y me pregunto si Rochelle también se las mencionó a Margo...

El guardabosques niega con la cabeza.

—Puede que vendan metanfetamina, pero dudo que estén cocinando algo más mágico que eso. Solo son unos palurdos de pueblo, ya sabes. No es el tipo de gente con la que una chica como tú querría relacionarse —dice.

Pongo los ojos en blanco.

—Así que *una chica como yo*, ¿eh?

5. N. de T. *Jóvenes y Brujas* o *Jóvenes Brujas* en España y América Latina, película del 1996.

6. N. de T. el Bosque de los Tordos.

Georgia me pone una mano en el brazo e interrumpe la conversación.

—Me pregunto si la policía ya los habrá interrogado. Viven cerca de donde encontraron el coche de Rochelle... Y hablando de eso, ahí está el nuestro—añade, señalando su *jeep* azul.

—Sé que la policía ha registrado su propiedad, pero no encontraron nada —dice el guardabosques mientras se detiene detrás del *jeep* de Georgia—. Bueno, ahora ya estáis a salvo. Espero que encuentres a tu hermana —me dedica una cálida sonrisa y asiente.

—Gracias —digo mientras salgo del coche. Todavía me tiemblan las piernas cuando me apoyo sobre ellas.

—Sí, gracias por acercarnos —dice Margo, ya desde el arcén. Le lanza un beso a través de la ventana y el guardabosques se ríe, su áspera fachada de montañas se disipa ante la dulzura de mi amiga. Creo que Margo sacó mucho más del teatro de la escuela secundaria que aprender llorar: también es capaz de encantar a cualquier público.

Debería molestarme que Margo se comporte tan alegremente mientras buscamos a su mejor amiga desaparecida, pero sé que solo está tratando de mantener la moral alta. Hizo lo mismo aquella vez que fuimos hasta Nashville para un concierto, nuestro coche se estropeó, todos estábamos agotados y nos pusimos a discutir. Ella es una conciliadora nata, y tengo que admitir que tenerla aquí hace que las cosas sean un poco menos sombrías. Georgia se da cuenta de que estoy cojeando y me ayuda a subir a su *jeep*. Mientras subo al asiento del pasajero, la camioneta del guardabosques desaparece en la noche.

—No sé qué era esa cosa del bosque, pero estoy bastante segura de que no era un perro —dice Georgia—.

Parecía más bien un Chupacabras. Regresemos al Centro de Interpretación del parque natural y veamos si hay alguna noticia, no quiero seguir aquí.

No me molesto en mencionar que es Rochelle la que está sola y perdida entre las sombras, rodeada de ¿bestias de otro mundo y brujas reptantes? ¿O perros perdidos y drogadictos? Necesito creer que encontraremos a mi hermana viva y a salvo, y con muchas historias que contarnos, pero después de esta tarde me resulta difícil mantener la esperanza. Tener miedo siempre es lo más fácil.

En cuanto veo el rostro de mi madre iluminado por la tenue luz del Centro de Interpretación, sé que ellos tampoco han encontrado nada. Rochelle todavía está ahí afuera. Todo lo que podemos hacer es seguir buscando, seguir gritando su nombre y seguir esperando que, al fin, responda. Pero, ¿y si ser adoptadas por los Greymonts era el último milagro que nos reservaba la vida a mi hermana y a mí?